



Los modales del Covid-19

CLAUDIO LOMNITZ

Con el Covid-19 aprendí a lavarme las manos como se las lavan los m3dicos: con esa frecuencia y ese cuidado con toda la superficie de la mano y de los dedos. Ya nunca me las volver3 a lav3rmelas como lo hac3a antes, de eso estoy seguro.

A los antrop3logos nos suelen interesar esta clase de detalles. Ya desde la publicaci3n original en 1939 de *El proceso civilizatorio*, Norbert Elias hab3a analizado en detalle la relaci3n íntima que hubo entre el nacimiento del Estado moderno y el desarrollo –muchas veces bastante penoso– de los modales. Para Elias, el origen del Estado tuvo precondiciones tanto pol3ticas como “mentales”; es decir, que necesit3 cierto tipo de sujeto social para florecer.

Para esto, Elias hizo hincapi3 en la importancia pol3tica que tuvo el desarrollo de los modales, y le dedic3 el primer volumen de su obra precisamente a ese tema, explorando c3mo se fueron restringiendo las manifestaciones abiertas de la sexualidad, la violencia y las funciones naturales del cuerpo (echarse pedos, eructar, orinar o defecar en espacios p3blicos, etc3tera). Este proceso de restricci3n a los impulsos naturales –que vino siempre apuntalado por el desarrollo de la corte– se consolid3 de la mano de la verg3enza, del recato, la simulaci3n y la pudibundez– que eran los sentimientos y actitudes necesarios para introyectar todo aquel entramado de normas sociales que Freud llam3 el “super-ego”. Moraleja: los cambios de h3bitos y pr3cticas de higiene corporal pueden tener tambi3n efectos sociales y pol3ticos profundos.

Y si volvemos nuestra mirada a lo que sucede en este terreno hoy, podemos r3pidamente identificar algunos puntos de inter3s, como son especialmente la adopci3n del cubrebocas, la implementaci3n de la idea de la “sana distancia”, y la multiplicaci3n de la frecuencia del lavado de manos y otros actos orientados a desinfectar superficies que han sido tocadas por otros.

Consideremos primero la cuesti3n del cubrebocas.

La primera vez que fui invitado a Jap3n, hace m3s de 15 a3os, llegu3 sediento de ver ese maravilloso pa3s (que, por cierto, en nada me desilusion3). Pas3 una primera noche corta, y sal3 de mi hotel temprano a explorar las calles de alrededor. Casi de inmediato not3 que entre la mucha gente que circulaba en sus rutas al trabajo, hab3a un n3mero importante de personas usando mascarillas. Inicialmente cre3 que se trataba de pacientes con c3ncer, en tratamiento de quimioterapia, que se cubr3an las bocas para evitar alg3n contagio. S3lo que eran demasiados. As3 es que le pregunt3 a mi anfitri3n por el asunto y me explic3 que

las personas que tenían alguna gripe usan el tapabocas no para protegerse ellos de alguna enfermedad, sino para proteger a los demás.

El hecho me llamó mucho la atención. En Occidente esta precaución se orienta al cuidado propio, mientras en Japón hay una idea cívica respecto del contagio. Cada enfermo debía cuidar de los demás.

Se puede decir que el Covid implica una “niponización” de nuestra sociedad. Estamos ante la necesidad de cuidar a los demás, porque los podemos contagiar involuntariamente. Y, sin embargo, estamos acostumbrados a ver en el cubrebocas un instrumento para cuidarnos a nosotros mismos. Por eso, dejar de usarlo puede ser presentado como una señal de autosacrificio, en lugar de como un atentado al otro. Por eso, quizá, la secretaria de Gobernación se ufano de no usarlo: ella, aseguró, está protegida. Así, la secretaria –que es una señora mayor– desea mostrar al mundo que está fuerte, y que el mundo no se preocupe por ella. Sólo que el tema civilizatorio del cubrebocas en realidad va enteramente por otro lado. La dinámica infecciosa del Covid implica que uno puede ser siempre un peligro para los demás.

Pasemos ahora otra nueva práctica: la sana distancia. La cultura mexicana es, en su matriz, una cultura católica en que, como alegó Octavio Paz hace ya 70 años, la salud pasa por la comunión antes que por la higiene. En una cultura así, la distancia en principio no parece ser una clave para la salud; lo sano es estrecharle la mano al amigo, o darle un abrazo, sentarse a comer juntos... La comunión significa evitar mostrar asco si el amigo te ofrece un trago de su vaso. Significa también comer de su mismo plato. Probar lo que te convida. Mostrarse indispuerto a ofrecer la mano o rechazar un refresco puede ser visto como afrenta, especialmente si ese rechazo es interpretado como la manifestación de alguna imaginada superioridad personal. Por esto, conseguir que se guarde la sana distancia implica que el otro entienda que quien la impone está ante todo protegiendo a los demás.

Así, los modales del Covid son formas sociales que implican una ideología de cuidado del otro. Sólo que para que esto se entienda –para que se comprenda que estos nuevos modales no son reflejo ni de egoísmo ni de superioridad moral ni de debilidad personal– se requiere un esfuerzo educativo que rebasa con mucho la danza de números y de gráficas que vemos diariamente. El Covid implica desarrollar más el proceso civilizatorio. Valdría la pena reconocerlo.

Why Doctors Prefer This Method Over Metformin

Vibrant Health Network | Patrocinado

Casinos Hate When You Do This, But This is Not Cheating!

BuzzDaily Winners | Patrocinado

Profeco exhibe marcas de mantequillas con etiquetas engañosas

Ciudad de México. La Procuraduría Federal del Consumidor (Profeco)
La Jornada

Why everyone is going crazy over this \$49,99 smart watch

Gadget Minded | Sponsored

Copyright © 1996-2018 DEMOS, Desarrollo de Medios, S.A. de C.V.
Todos los Derechos Reservados.
Derechos de Autor 04-2005-011817321500-203.